

**Michèle Petit (2024).
Los libros y la belleza. Somos animales poéticos
(prólogo de Daniel Goldin, traducción de Olalla García).
Kalandraka. 216 pp.**

Gerardo Fernández San Emeterio
Universidad Complutense de Madrid ✉

<https://dx.doi.org/10.5209/diill.98423>

Michèle Petit (1946), antropóloga francesa, trabaja como investigadora de la Universidad de París 1 y es miembro honorario del laboratorio LADYSS del Centro Nacional para la Investigación Científica en Francia. Desde hace años se viene ocupando de la lectura como fenómeno antropológico. La experiencia y el conocimiento adquiridos en este tiempo, tal y como destaca Daniel Goldin en el prólogo, le permiten alejarse de lo “estipulado” sobre la comprensión lectora y la animación a la lectura, porque la autora convierte a sus lectores “en cómplices e informantes” (p. 7). En efecto, a lo largo del volumen Petit da fe de quiénes le han inspirado lo que escribe. Por ello, su propuesta resulta siempre compartida: se presenta como punto de contacto entre sensibilidades similares hacia un problema común. Esto es lo que Goldin denomina “gramática vegetal” de la obra de Petit, porque crece como las plantas, que a la vez arraigan y van hacia la luz, y siempre prosperan [...] colaborando con otros, “persisten y resisten, aunque se quemen los bosques y praderas” (pp. 8 y 9).

La profunda reflexión que hace la autora sobre el trabajo propio y ajeno, se enmarca en la crisis que comenzó en torno a 2008-2010. En esos momentos, Petit recibió peticiones de colaboración por parte de diferentes organismos que mantenían actividad en torno a la lectura y ello le llevó a escribir unas primeras versiones de los textos actualizados y unificados en este libro.

Los libros y la belleza discurre sobre varios aspectos culturales íntimamente relacionados con la educación. El primero es la necesidad tanto de la belleza como de su adaptación al entorno. Petit plantea la necesidad de que la educación literaria forme parte de la educación integral del ser humano, una educación que abrace lo artístico (en general) como algo inherente a nuestra forma de ser como especie, pues “la utilidad nunca es suficiente para nosotros. Quizá seamos, ante todo, animales poéticos” (p. 11). Junto a ello, la necesidad de superar la milenaria, pero probablemente artificial, distinción entre utilidad y belleza es uno de los hilos conductores del libro.

El segundo aspecto es el juego como estímulo para la creación. La autora considera como tal esa búsqueda de la belleza que nos permitiría encontrar significado a las cosas, tal y como propone la neuroestética. Por eso pide que nos entreguemos “a todo tipo de juegos con el lenguaje” (p. 12), no solo en el mundo infantil, sino también en niveles escolares superiores, dejando de lado lo preceptivo y la búsqueda de una imposible objetividad en la enseñanza de la expresión escrita. Ese “lenguaje fáctico, instrumental, que se limita a la designación inmediata de las cosas y los seres” nos lleva, dice Petit, al extrañamiento, a alejarnos “de nosotros mismos, de nuestros seres queridos, del mundo, de sus paisajes y del pensamiento” (p. 12). Frente a ello propone la lengua de la literatura, tanto la de los escritores como la de los narradores y recitadores orales.

Por lo tanto, el tercer aspecto es la oralidad. Muchos tenemos la sensación de que las generaciones más jóvenes son más orales que lectoras (a pesar de que no dejen de leer en sus dispositivos o, tal vez, porque no dejan de leer en sus dispositivos). Petit ve en la oralidad un camino hacia la lectura y la escritura, pero también para la recuperación de las propias raíces para quienes conviven con una lengua diferente a la materna. Este último aspecto resulta fundamental en el sistema educativo, dado el creciente número de desplazados y la necesidad imperiosa de integrarlos desde la escuela, cuando la edad lo requiere así, pero también desde la escuela cuando se puede. En este sentido, no puedo dejar de pensar en el trabajo realizado por Virginia Calvo en Huesca con madres migrantes, desarrollado en el volumen *Arte y oficio de leer obras infantiles* (2022).

Anejo a estos conceptos viene el punto de vista de la autora sobre la apropiación y «digestión» cultural, muy similar al propuesto por François Jullien en 2017 (*La identidad cultural no existe*). Petit propone un mundo de mestizaje cultural francamente esperanzador. En la búsqueda de este mestizaje —entendido sobre todo como un ofrecimiento de lo que tenemos (lo que Jullien llamó “recursos culturales”) y una apertura (necesariamente crítica) a quienes vienen—, Petit destaca el nuevo papel de las bibliotecas, que

empiezan a compaginar su carácter de depósito de la cultura escrita con ser lugares de encuentro con la oralidad (talleres, presentaciones, cuentacuentos...). Son también, dice Petit, jardines ordenados frente a la selva que supone internet.

Un último concepto sería, precisamente, la esperanza, a pesar de la visión del futuro que tiene nuestra época y que preocupa a la autora, cansada de “los omnipresentes discursos apocalípticos”. Por eso propone redescubrir la propia noción de futuro refiriéndose, con Martín Garzo, a “esa ficción absurda que llamamos realidad” (p. 131) y proponiendo ir más allá de la “racionalidad”, que, en el fondo, es subjetiva e insuficiente, pues “nuestras ‘elecciones’ son el resultado de fenómenos mucho más complejos [...] y tampoco podemos ignorar los deseos, los sueños, los miedos, las pasiones, incluso la locura, tan propios de los humanos” (p. 132).

El medio para esto es tan simple como estimulante: es “cuidar la lengua, desempolvarla y pensar en un futuro, redescubrir nuestros sueños” (p. 134), dado que en todas las culturas se han dotado de experiencias estéticas que supusieran un orden frente al caos de la vida y estamos subestimando los males que pueden venir de la desaparición de estas experiencias, pues “no existe ningún pueblo ni ningún ser humano que pueda vivir el día a día sin una dimensión poética, ficcional o dramática” (p. 149).

Por ello concluye que la literatura, entendida en un sentido amplio, corresponde a “una necesidad universal que debe ser satisfecha, y cuya satisfacción constituye un derecho” pues “las construcciones estéticas y culturales son el sueño *cotidiano* de la humanidad y su ausencia nos destruye” (p. 150).

La vinculación que establece entre este aspecto antropológico y los problemas de lectura me parece interesantísima: tal vez estemos asistiendo a un cambio de símbolos, porque sin ellos no podemos estar; de hecho, tal vez la desesperanza y la distopía sean una nueva simbología en desarrollo que engendrará su contrario.

Para lograrlo destaca Petit la importancia del trabajo diario de miles de personas, frecuentemente dispersas, que siguen confiando en el futuro y a las que distingue como gente que no pronuncia “aburridos discursos sobre los beneficios de la lectura”.

Lo fundamental de *Los libros y la belleza* es que da una respuesta, que nunca pretende ser “la” respuesta, a varios de los retos e interrogantes a los que nos enfrentamos en la actualidad quienes nos dedicamos a la educación literaria.